

Religión y Economía en el Pensamiento Sociológico de Max Weber

Por el Lic. René BARRAGAN,

*del Instituto de Investigaciones Sociales
de la Universidad Nacional de México.*



MAX WEBER.

LA vida humana suele desenvolverse en dos planos distintos y en ocasiones opuestos. Se actúa y se vive, en el mundo de los hechos o en el mundo de las ideas. O en la realidad o en la idealidad. La tensión que se establece entre estos dos polos del existir, presta a todo lo humano su peculiar intensidad y dramatismo. La vida es drama porque oscila entre lo que es y lo que debiera ser.

La existencia como realidad es, en su esencia, economía, esto es, satisfacción de necesidades vitales, que tienen su raíz en la carne misma del hombre. La existencia como idealidad es, esencialmente, religión, es decir, aspiración inefable a lo alto, superación de lo natural en lo sobrenatural.

Economía y religión, aparentemente, son mundos distintos, sin punto de contacto. Y, sin embargo, es el mismo hombre el que pasa de una esfera a otra, es uno mismo el sujeto de la economía y el sujeto de la religión. Hay, por tanto, un nexo necesario entre los hechos económicos y las ideas religiosas.

La sociología ha consagrado uno de sus más sugestivos capítulos al estudio de ese nexo invisible que une lo divino a lo terreno.

*
* *

Para el materialismo histórico la solución es obvia. Para Marx la única realidad substante es la economía; todos los demás fenómenos sociales son tan sólo epifenómenos o superestructuras de la organización económica.

En consecuencia, para Marx, la religión está condicionada por la economía. A cada etapa económica corresponde una superestructura religiosa. La religión ha sido, en manos de las clases explotadoras, un instrumento de dominación. Se ha agitado ante los ojos del oprimido como la promesa de un mundo de felicidad ultraterrena, a fin de que éste, con la ilusión que en el alma despierta la esperanza, acalle su instintiva rebelión contra los opresores. Lo primario en toda sociedad es la economía; la religión es una derivación de menor importancia. Tal fué la conclusión del materialismo histórico.

*
* *

Sin desconocer el fondo de verdad que encierra el materialismo histórico, el genial sociólogo alemán Max Weber ha ensayado una explicación distinta de las relaciones entre economía y religión.

Parte Max Weber del principio, hoy generalizado en las ciencias sociales, de que existe una mutua determinación, una interdependencia constante en los fenómenos sociales, de tal modo, que la vida social es una complicada malla de influencias recíprocas. De aquí la complejidad inherente a todos los estudios sociales.

Ahora bien, lo que importa saber con la mayor exactitud posible, es, tomadas en consideración dos series de fenómenos sociales, cuáles son determinantes en un mayor grado; es decir, cuáles son los fenómenos relativamente condicionantes y cuáles los relativamente condicionados. Para esto, es útil que la sociología ensaye diversos análisis de la realidad social, partiendo en cada ocasión de diferente punto de vista. El sociólogo, por *vía metodológica*, y utilizando el amplio material que le ofrece la historia, tratará todos los fenómenos sociales *como si fueran* derivaciones de un factor determinante. Luego hará lo mismo con otro factor, hasta poder concluir fundadamente en el establecimiento de la primacía relativa de unos factores sociales sobre otros.

Y puesto que ya el materialismo histórico había considerado la religión como un hecho dominado por la economía, Weber trata de llevar su investigación por el sendero opuesto: determinar cómo la religión ha podido condicionar a la economía (1). A esto ha consagrado lo mejor de su obra.

*
* *
*

La vida económica es un hecho de cultura, que como tal, es fruto espiritual del hombre. Aunque su objeto es material—satisfacer necesidades biológicas—el medio humano para satisfacerlas es la aplicación de la inteligencia y aún de todas las facultades humanas. El hombre resuelve sus problemas económicos con todas sus capacidades—físicas o psíquicas—puesto que está en juego su existencia misma.

No es extraño, por tanto, que las ideas que cada quien lleva consigo, influyan en su conducta dentro de la vida económica. Esto en cuanto a las economías individuales.

Otro tanto pasa en la economía social. Para que determinada organización económica prevalezca, se requiere cierto ambiente ideológico, cierta comunidad de ideales y aún de creencias. Cada sistema económico presupone una actitud determinada ante la existencia.

El deseo de provecho, la voluntad de riqueza, es un dato perenne de la naturaleza humana. “La idea de que nuestra época racionalista y capitalista tiene un apetito más fuerte por la ganancia que otras épocas, es pueril. El representante del capitalismo moderno no está animado por un deseo de lucro más poderoso que el mercader del extremo Oriente” (2). El hombre desea, no sólo la satisfacción de sus necesidades elementales, sino la superabundancia que representa la riqueza. Este es un rasgo humano que ha permanecido inalterable a través de todas las contingencias históricas.

¿De dónde deriva entonces la diversidad de organizaciones económicas? ¿Del medio natural? No, porque el mismo medio ha visto sucederse sistemas económicos distintos. La causa de esa diversidad deberá buscarse en el hombre

(1) Ya Fustel de Coulanges en su clásica obra “*La Cité Antique*” había intentado algo semejante en su explicación de la historia de Grecia y de Roma. Weber extiende su consideración a todos los tiempos, y especialmente, a la época moderna.

(2) Cita de Max Weber tomada de la obra de P. Sorokin, “*Les Théories Sociologiques Contemporaines*”. París, 1938. Pág. 499.

mismo, en sus ideas sobre la existencia. Y es claro que la fuerza social que más profundamente hace enraizar una idea en los hombres, es la religión. Para Max Weber la diversidad de economías depende, en gran parte, de la diversidad de religiones.

*

* *

Una religión es una concepción unitaria de la existencia, basada en la fe, en la voluntad de creer. Como hecho social comprende tres aspectos distintos, aunque íntimamente vinculados: un sistema de dogmas—que encierra una peculiar metafísica—, una moral y una liturgia.

La moral religiosa es el medio práctico de realizar en la vida humana el ideal propuesto por los dogmas; es la proyección, en el mundo de los hechos, de la singular idealidad de cada religión. Es el modo más profundo, por ser el más íntimo, por el que las religiones han obrado en la sociedad.

Este es el aspecto de la religión que Max Weber toma particularmente en cuenta. De cada moral religiosa se desprende, de un modo lógico y espontáneo, una “ética económica religiosa”, que actúa, consciente o inconscientemente, en el corazón de los hombres y condiciona socialmente, en gran medida, su organización económica.

Esta “ética económica religiosa” está constituida no sólo por factores religiosos, sino por otros muchos. Es claro que el medio natural o el régimen de propiedad, por ejemplo, tendrán su parte en ella. Pero esencialmente, es un producto religioso.

Establecidos estos principios, Max Weber consagra gran parte de su “Sociología de la Religión” a estudiar, con gran acopio de datos, la influencia de las principales religiones históricas sobre la economía.

*

* *

Tomemos como ejemplo el régimen capitalista moderno y analicemos cuáles son los rasgos psíquicos que lo han hecho posible. Existe, desde luego, una base “material”, que es la institución de la propiedad privada. Pero esto no basta para explicar el fenómeno capitalista, puesto que la propiedad privada ha existido prácticamente en todos los tiempos y, sin embargo, el régimen que hoy se denomina capitalista, es reciente y singular. Tampoco lo explica la técnica, puesto

que el grandioso desarrollo de esta última es en gran parte consecuencia y no causa del régimen capitalista.

Los caracteres psíquicos del capitalismo moderno son los siguientes: la organización racional de las empresas económicas y de los métodos de producción y de cambio, dirigidos unas y otros, hasta los últimos detalles, a la obtención de la máxima utilidad con el mínimo esfuerzo; el desdén por los elementos tradicionales que no logran justificarse racionalmente; y la idea de que el trabajo que cada hombre realiza es el objeto principal de su vida, por lo cual ha de consagrarle sus mayores energías, sacrificando, si es preciso, su dicha personal al éxito económico de la empresa a que sirve. Estos rasgos pueden resumirse en una frase: subordinación de la vida al éxito y a los medios que la inteligencia sugiere para alcanzar el éxito; ante esto, todo lo demás es secundario.

Esta es la atmósfera espiritual que priva en los círculos capitalistas, y que naturalmente, no siempre puede mantenerse en toda su intensidad, puesto que ya en sí significa una desequilibrio en la vida anímica del hombre.

Estos ideales, que en un principio pertenecieron a una élite de negociantes y financieros, han acabado por extenderse y ser aceptados en gran medida por las masas de población de la sociedad occidental. Uno de los primeros representantes del espíritu capitalista fué el yanqui Benjamín Franklin, talento pragmático, acuñador de frases hoy repetidas en todo el mundo y que mueven a pensar y a actuar al modo capitalista. "El tiempo es dinero", "el dinero llama al dinero", "la honradez es la línea de conducta mejor pagada", etc., son frases que reflejan el ambiente espiritual de la época capitalista.

La eficacia, la capacidad para el éxito material, se sobrestima y se paga. Se produce en gran escala y para mercados gigantescos y se lucha por alcanzar lo único que, desde este punto de vista, puede ofrecer la existencia: el lucro.

Gracias a este ambiente espiritual, difundido y aceptado, ha nacido y se conserva el sistema capitalista como régimen de organización económica, a pesar de sus innegables defectos. La prueba es que, donde este ambiente no ha existido, no ha habido capitalismo, o bien éste ha venido de fuera. Y este ambiente no ha aparecido en las culturas en que las religiones dominantes no lo han permitido.

Se precisan creencias racionalistas, capaces de romper con las tradiciones, para que surja el espíritu capitalista. Cuando en la India apareció el racionalismo, lo hizo involucrado en la doctrina de Buda. Y aunque Buda analizó racionalmente la vida, el ideal que eligió fué, no la dominación del mundo exterior, sino su desprecio. Creó métodos racionales, pero no para aplicarlos a la realidad exter-

na, sino para buscar la salvación del hombre en el aniquilamiento de todos sus deseos. El racionalismo de Buda fué interiorista, por eso no produjo un ambiente semejante al espíritu del capitalismo.

El catolicismo, como forma de vida, tuvo su aspecto racional en el monaquismo, pues el aislamiento en el claustro no tuvo otro objeto que consagrar la vida, metódica y racionalmente, a la consecución del supremo fin cristiano: la salvación del alma. Pero fuera de los monasterios, fuera de la minoría de los hombres que renunciaban al mundo, las multitudes católicas siguieron viviendo al azar, desorganizadamente. El protestantismo vino a extender, a su modo, la racionalización de la vida propia de las órdenes religiosas.

En efecto, la Reforma fué, originariamente, una rebelión racionalista contra el tradicionalismo católico. Formó un acorde espiritual con el racionalismo del Renacimiento. Lutero y Calvino rechazaban la obra de Padres y Concilios y sólo aceptaban el libre examen de la Biblia como fuente de creencias. Daban la espalda a la tradición para racionalizar el cristianismo.

En otro sentido la Reforma vino también a innovar. El ideal católico había sido el ascetismo, la dádiva íntegra del alma y del cuerpo al culto de Dios. Por eso los católicos perfectos son sólo los sacerdotes. En cambio, el protestantismo, empezó, con Calvino, a igualar religiosamente a sacerdotes y laicos, y, después, todo el protestantismo dignificó la vida mundana, con tal de que se observaran en ella ciertos principios morales. El protestantismo no quiso ascetas, sino hombres religiosos actuando en el mundo. Fué una doctrina dirigida a la acción sobre el mundo, y no a la contemplación de la Divinidad.

Es por eso que, según Weber, el espíritu del capitalismo tuvo sus raíces en el espíritu del protestantismo. *En su origen, espíritu capitalista y espíritu protestante se identifican.* Antes de que el capitalismo fuera realidad económica, ya su espíritu alentaba en la Europa protestante.

Para la Iglesia católica la aceptación de la vida mundana había sido una transacción, pero nunca una aspiración. En cambio el protestantismo consideró como deber divino trabajar en el mundo honradamente, consagrarse a un oficio terreno, cumplir entusiastamente con el trabajo. Y esto con sistema, racionalmente, para alcanzar el fin práctico propuesto en cada caso. Para el catolicismo el lucro era pecado; para el protestantismo fué la recompensa debida de un trabajo honesto.

Fué así cómo el protestantismo preparó el ambiente psíquico occidental para la aparición y el triunfo del capitalismo. La brecha estaba abierta. Después el

sentimiento religioso fué debilitándose, olvidándose, pero quedó el impulso de la marcha sobre el mundo, la devoción por el trabajo, el reconocimiento del valor de la vida terrena.

Y a medida que el racionalismo fué cundiendo y convirtiéndose en el módulo de conciencia dominante, fué desarrollándose la producción racional, la venta racional en gran escala y el lucro desmesurado; en una palabra, todo lo que queda comprendido en la gráfica expresión "régimen capitalista".

El protestantismo condujo, pues, al capitalismo. Y esto lo prueba el hecho de que, los países que desde la Reforma se encuentran a la cabeza del mundo en materia económica, son países protestantes: Inglaterra, Holanda, Estados Unidos... Los países no protestantes han tenido que seguir el movimiento a la zaga.

Mientras que en los países protestantes son educados los niños inculcándoles pensamientos y hábitos adecuados para la actividad capitalista, los niños que han sido educados en ambientes católicos tienen que despojarse de parte de sus pensamientos y adoptar otros al llegar a las luchas económicas actuales.

Actualmente el protestantismo se encuentra en plena decadencia. El entusiasmo religioso que lo hizo surgir ha desaparecido. Como religión tiene, cada vez, menor fuerza social. Esto significa que el capitalismo, que en él tiene sus bases, se encuentra próximo a modificarse, si no es que a extinguirse. Al cambiar las creencias, cambiará el régimen económico.

*

* *

Tal es, a grandes rasgos, el perfil de la sugestiva teoría de Weber. Indudablemente encierra un fondo de verdad y explica muchos hechos históricos. En su conjunto, empero, suscita numerosas objeciones.

El sociólogo ruso Sorokin dirige las siguientes críticas al sociólogo alemán: (1)

1º—Weber parte del principio de que existe una intercausación constante entre los fenómenos sociales. Sin embargo, en el desenvolvimiento de sus análisis, pierde de vista su punto de partida, y frecuentemente hace afirmaciones que parecen indicar la existencia de una causación unilateral, de una determinación exclusiva del fenómeno económico por el religioso. La teoría pierde así rigor lógico.

2º—El mismo concepto básico de "ética económica" es confuso. En efecto, Weber admite que la ética económica es el resultado de elementos, no solamente

(1) P. A. Sorokin; op. cit., páginas 508 y 512 a 514.

religiosos, sino también de otra índole; contribuyen a formarla factores geográficos, políticos, sociales, nacionales, etc. Ahora bien, Weber no precisa cuál es la importancia relativa de estos factores y se concreta a destacar la influencia del elemento religioso. Pero, ¿quién nos asegura que en la formación de la ética económica no juega un papel más importante que el religioso, el factor "medio geográfico" o el factor "raza" por ejemplo? Aceptemos que la ética económica tenga la importancia preponderante que Weber le atribuye. Lo que no está demostrado es que la ética económica se derive simplemente de la religión dominante.

3º—La prueba de que la ética económica y el consecuente régimen económico no es un sencillo corolario de la religión dominante, la encontramos en Extremo Oriente. En efecto, durante el siglo XIX asistimos a una prodigiosa transformación económica que no tuvo como antecedente un cambio religioso. El Japón, pueblo de cultura milenaria es profundamente tradicionalista y ha conservado, sin alteración visible durante ese siglo, sus creencias religiosas. Sin embargo, el capitalismo ha irrumpido en el viejo imperio, y lo que es más importante, Japón, sin dejar de creer en sus antiguos dioses, sin dejar sus tradiciones caballerescas y guerreras, ha asimilado a la perfección el espíritu capitalista y es hoy uno de los emporios del capitalismo mundial.

*
* * *

A estas certeras objeciones de Sorokin, yo agregaría, por mi parte, las siguientes observaciones:

Los hechos históricos demuestran que la evolución económica tiene sus motivos propios; que en la mayor parte de los casos hay que buscar la causa de los cambios económicos en factores igualmente económicos.

En cada cultura históricamente dada, la economía ha seguido su evolución propia y ciertos regímenes económicos han solido acompañar a determinados estadios históricos. Así, el capitalismo, ha sido el fenómeno propio de las decadencias. Hubo en la decadencia de Roma un capitalismo financiero, que llegó a dominar la política de los últimos días de la República y que convirtió las conquistas del Estado en objetos de especulación. Existió en Roma un espíritu capitalista, que se manifestó hasta en los estadistas, incluyendo a hombres de la talla de Julio César. No hubo, claro está, capitalismo industrial, porque faltaba la técnica necesaria; pero sí hubo, en gran escala, capitalismo financiero. El capitalismo no es, por tanto, un fenómeno específico de la sociedad actual, sino que ha existido en épocas lejanas, épocas que han vivido bajo religiones diversas.

La hipótesis de que el capitalismo moderno tiene sus raíces en el protestantismo, es brillante pero inconsistente. En efecto, las primeras manifestaciones del capitalismo moderno son incluso anteriores a la Reforma. El capitalismo empieza a germinar en las ciudades mercantiles italianas. Los primeros bancos aparecen en ciudades como Florencia y Venecia; el ingenioso mecanismo de la letra de cambio en ellas inventado, es todo un símbolo. Ya en estas ciudades, en las proximidades del Renacimiento, late el espíritu capitalista, que después se extendería a toda Europa. Se trata sin embargo, de poblaciones católicas; las ciudades italianas nunca fueron protestantes. *El capitalismo nació en países católicos*, aunque haya alcanzado su desarrollo máximo en los países protestantes.

No, el origen del espíritu capitalista no está en el protestantismo. A mi modo de ver, el manantial de donde brota el espíritu capitalista es la despreocupación religiosa. El capitalismo es, en la historia, un fenómeno que corre paralelamente a la irreligiosidad. A partir del Renacimiento la intensidad de la vida religiosa decrece sin cesar en Occidente. Y a la religiosidad decreciente corresponde un capitalismo creciente.

De modo que si alguna influencia ha tenido la religión sobre el capitalismo, ha sido de índole negativa. La ausencia de religión, en general, es la que ha favorecido el desarrollo del espíritu capitalista. El capitalismo se hubiera desarrollado *con o sin* Reforma. Ya la baja del nivel religioso se había iniciado antes de la Reforma—lo que más reprochaba Lutero a Roma era su entrega al mundo—. Los mercaderes italianos, que fueron los primeros capitalistas, eran muy tibios católicos. Pasada la efervescencia de la lucha entre Reforma y Contrarreforma, el entusiasmo religioso descendió tanto en los países católicos como en los protestantes. Y no es un azar que el nivel mínimo de religiosidad, alcanzado en el siglo XIX y en nuestro tiempo, coincida con el nivel máximo de capitalismo.

La razón es clara. El objeto que cada quien asigna a su vida individual puede estar en este mundo, o más allá de este mundo. El hombre auténticamente religioso cree que nada importan las contingencias de su vida terrena ante la realidad divina que adivina más allá de los fenómenos cambiantes, y a la cual aspira con todo su ser.

En cambio el mundano, el escéptico, el que ha hecho pasar a un segundo plano su religión, pone todo su interés en esta vida, que considera —abiertamente o sin confesión plena— como la única existente. Y entonces lucha, trabaja, se esfuerza por alcanzar el éxito. Por eso ningún hombre auténticamente religioso será un auténtico espíritu capitalista.

Esto no quiere decir, claro está, que de hecho los círculos capitalistas no posean alguna religión; suelen profesarla, pero reducida a un hábito secundario en su vida, que subyace en el fondo de su conciencia sin empañar su horizonte mundano.

No es extraño, por tanto, que el país más religioso y heroico, España, haya sido el menos saturado de espíritu capitalista. Y que el menos religioso y metafísico, Inglaterra, haya sido el arquetipo de nación capitalista. *Irreligiosidad y espíritu capitalista tienen su raíz en la misma actitud ante la vida.*

*
* * *

Y esto es, a mi entender, lo decisivo. Lo que influye en la economía no es tanto la religión, como la actitud frente a la existencia, la concepción que de la vida predomina en un estadio histórico. Esta actitud puede ser religiosa, pero puede también no serla.

Aceptemos con Weber que la ética económica determina, en gran parte, la economía. —Habría que añadir que también en gran parte la economía determina la ética económica.— Pero en última instancia lo que decide es la actitud vital de los hombres, actitud que resulta de complejos factores, entre los cuales la religión es uno de tantos. Cada época histórica, como cada pueblo, como cada hombre en menor escala, han presentado una actitud diversa ante la existencia, y estamos muy lejos de saber por qué misteriosos caminos se transforma la conciencia humana a través de la historia. Hay aquí un vasto campo por explorar, reservado a la nueva sociología.

